



ERA en aquella época la Condesa de Astures una mujer de sesenta años, y jamás he visto hermanarse como en ella, con tanta naturalidad y gracia, la sencilla modestia de una colegiala con el espontáneo y elegante señorío de una gran dama; ni la afabilidad y gracia en el trato, con la melancólica seriedad, quizá algo sombría, que dejan á la larga en el alma los grandes dolores ocultos.

Su larga práctica de mundo en las embajadas de Roma, Viena y Berlín, en que acompañó á su marido, había forjado lo primero sobre su natural modesto y sencillo; y la pérdida de cuatro hijos, muertos en edad juvenil, había trocado en lo segundo su carácter alegre, bondadoso y pío, formando todo ello un conjunto encantador que subyugaba con el atractivo de la

simpatía é imponíase al mismo tiempo con la fuerza del respeto.

Por una de esas extrañas analogías que se encuentran á veces entre las personas y las cosas, recordábame siempre la de Astures, envuelta en sus eternos lutos, á una joya antigua que vi en Venecia, hecha sin artificio alguno, sólo de sombrías perlas y brillantes negros. Encantóme aquella joya, y la compré para regalarla á mi tía el 19 de Noviembre, que era su santo.

Sorprendida la dama ante mi intempestivo acceso de sensibilidad, retúvome sobre su regazo, preguntándome alarmada:

—Pero ¿qué tienes, hijo mío?... ¿Qué pasa?...

No pude contestarle en el momento, y arrastréla en silencio á mi cuarto, donde, ya más sosegado, le dije, respondiendo siempre á mi idea:

—Tía..., ¿tratas tú á los de Yecla?...

Miróme ella fijamente á la cara y contestóme con indiferencia:

—No... Porque no puede llamarse *tratarles* á dejar de vez en cuando una tarjeta en su casa, por consideración á la antigua amistad de tu tío Pepe con el pobre Marcelino...

Este tío Pepe era su marido, el Conde de Astures, y Marcelino era el mismo Duque de Yecla.

—En cuanto á ella—prosiguió con su acostumbrada pausa,—la veo á menudo en las Juntas de Beneficencia á que las dos pertenecemos; siempre está conmigo obsequiosísima, y me tutea, como dicen que es ahora costumbre entre los grandes; pero de ahí no pasamos... Á mí me es profundamente antipática, y como esto de las simpatías y antipatías suele ser correlativo, es natural que yo le haga el mismo efecto...

No encontraba yo aquella *naturalidad* que la profunda humildad de la señora le hacía descubrir en esto: lejos de eso, parecióme vislumbrar en ello, con cierta regocijada esperanza, los avances formidables que la entrometida Rita Bollullo daría á la amistad de dama tan linajuda, tan respetable y tan autorizada como era la de Astures.

Animado con esto decidíme á preguntarle si conocía á Boy, y con gran sorpresa mía, vilo turbarse visiblemente; un ligero carmín tiñó sus pálidas mejillas, y después de vacilar un instante me contestó:

—Le conocí en Carlsbad cuando fuí allá

desde Viena... Tu tío no pudo venir por ser necesaria su presencia en la Embajada; y nos acompañó á Beatriz y á mí Tomás Fonseca, que era entonces primer Secretario... Estaba allí Boy; Fonseca nos le presentó, y le tratamos mucho mientras tomamos las aguas.

—Y ¿qué te pareció?—pregunté muy celoso con aquella turbación extraña.

Titubeó ella algo al contestar, y díjome luego en inglés, muy fríamente:

—Un verdadero *boy*.

Su turbación anterior y la frialdad de esta respuesta hiciéronme sospechar que no era Boy santo de la devoción de mi tía, y aun quizá que algo desagradable había pasado entre ellos. No me desanimó, sin embargo, esta contrariedad, y dejando á un lado diplomacias y rodeos, abríle francamente mi corazón y contéle todo lo ocurrido á Boy desde mi encuentro con él en el baile, sin omitir detalle, para que formase exacto juicio, concluyendo por manifestarle mi proyecto de hablar al Duque de Yecla, y mi esperanza de que ella me favoreciese y me ayudase en esta parte tan difícil de mi empresa.

Escuchábame ella con la mayor aten-

ción, fijos los ojos en el suelo, cruzadas las manos sobre las rodillas, sin que en todo el largo curso de mi razonamiento me interrumpiese más que dos veces. Al referirle que acompañaba Boy en el baile á una Pierrette que dijeron era la Condesa de Bureva, murmuró imperceptiblemente.

—Sí sería... Es muy posible...

Y al contarle las extrañas resistencias que opuso Boy la noche antes, á entrar en el palacio de Astures, hasta que le hube convencido de que no le vería nadie, pues que vivía yo en la más absoluta independencia, alzó los ojos del suelo y los fijó en mí, diciendo con cierto amargo convencimiento:

—¡Es natural que así fuera!...

No creo que la de Astures diera crédito ni por un momento á los acusadores indicios que sobre Boy pesaban; mas su perspicacia femenina puso al punto el dedo en la llaga.

—¿No sospechas — me dijo, — dónde haya podido estar Boy esas horas que faltó de tu casa?...

Contestéle que no tenía ni la más remota idea.

—Pues entonces — replicó, — hay que

andar aquí con pies de plomo, y puesto que el bueno de D. César te ha librado hasta ahora de prestar declaración, no debes tú de precipitarte á darla, no vayamos á echarlo á perder todo por exceso de celo... Probar la coartada en todo, menos en este punto, el más peligroso, lejos de favorecer á Boy, podría perjudicarle mucho, aunque sólo fuese en otro orden de cosas. Mas vale un «¡Por si acaso!», que un «¡Quién lo creyera!»; *porque será muy posible que el mismo Boy no quiera ni aun que se hable de esto...* Espera, por lo tanto...

Hice yo un movimiento de contrariedad, y ella prosiguió vivamente.

—¡Si yo comprendo tu impaciencia!... Si no hay cosa tan difícil de creer como que en estos casos apurados, *no hacer nada* es hacer mucho y lo único prudente que puede hacerse... Así es que, á mi juicio, sólo se puede por ahora *no hacer nada y ver venir*, según una de las reglas de la Gramática Parda.

Tan difícil de creer era esto, en efecto, que yo mismo vine á probarlo una vez más, exclamando con vehemencia:

—¿De modo que sólo he de cruzarme de brazos y ver venir?... ¿Y si no viene nada?...

¿Y si mientras tanto prenden á Boy y se consuma esta iniquidad tan horrenda?...

—Pero ¡si no digo eso, hijo mío!—repliqué ella mansamente.—Preciso es que yo no me haya explicado, para que tú no me hayas entendido... Lo que digo es que debemos cruzarnos de brazos y sólo *ver venir*, en lo tocante á indagar el paradero actual de Boy y lo que hizo en esas horas desconocidas de la fatal noche... Pero en lo que se refiere á lo demás, hay que prevenirlo todo con la mayor urgencia...

Y con su paciencia inalterable púsose entonces á combinar clara y precisamente un plan de batalla... Era, en su opinión, lo más urgente, enterar de todo al Duque de Yecla.

—Porque aunque Marcelino—decía ella—esté tan chiflado como supone la gente, imposible es que no se interese por su hijo, y mucho menos que se niegue á cosa tan sencilla como dar una carta para el contraalmirante Deza.

Una vez dado este primer paso, había que dirigirse sin pérdida de un instante á éste, para tenerle prevenido cuando llegase á sus manos la causa... Y había que enterarle del caso con todos sus pormenores,

antecedentes y consiguientes; había que hablarle con absoluta franqueza, con toda sinceridad, como se habla á un confesor ó á un médico... ¡Era Deza tan razonable, tan bondadoso, tan recto, tan enérgico!... Poco le importarían á él las alharacas de los republicanos y de aquella canalla de *La Mano Negra!*...

Y en el caso improbable de que no consiguiésemos nada de Yecla, ó en el muy posible de que no lográsemos verle, todavía no había nada perdido, porque ella misma le escribiría á Deza, segura de que la atendería.

—Claro está—me dijo—que más eficacia tendría una carta de Marcelino ó de mi marido mismo; pero tengo mis razones para no mezclar á tu tío en nada que á Boy se refiera.

Extrañóme esta observación y me confirmó en la idea de que algo desagradable había mediado entre Boy y los Astures; y como eran éstos incapaces de una sinrazón injusta, imaginéme al punto alguna nueva trapisonda de Boy de que yo no tenía noticia.

Nada dije, sin embargo, y limitéme á preguntar á mi tía si encontraba ella el

medio de avistarme yo con el viejo Duque, que suponía aún en el *Majuelo de Yecla*. Quedóse ella muy pensativa y como reflexionando, y díjome al cabo, en extremo perpleja:

—El caso es que eso es lo primero y lo más urgente del negocio y también lo más difícil... La gente dice por ahí que su mujer tiene al pobre Marcelino secuestrado por completo dentro de una jaula; pero sin hacer caso de estos absurdos, es lo cierto que ella no se le separa un momento, en lo cual hace muy bien, y yo la aplaudo... Así es que si no puedes verle á solas, le veremos acompañado, y si esto no se logra tampoco, hablaré yo misma á la de Yecla... Mañana á primera hora iremos al *Majuelo*, para lo cual me ocurre un buen pretexto... Ha muerto hace quince días la vicepresidenta de la Conferencia que yo presido; sé que la de Yecla tiene grande empeño y trabaja mucho por obtener este puesto, que entre cierta gente la autoriza mucho, y como esto sólo de mí depende, iré mañana á proponerle el cargo, y á suplicarle que lo acepte, y ni ella ni nadie podrá extrañarse de que tú seas mi acompañante... Estoy segura de que nos recibirá muy bien, y una

vez allí, Dios nos ayudará y abrirá puertas...

—Porque cree, hijo mío—añadió la buena señora á guisa de moraleja,—que en todos los negocios, así fáciles como difíciles, debe cada uno hacer por su parte todo lo que la prudencia humana aconseja, y luego confiar el resto á Dios, como si sólo de él dependiese.

Tenía yo tan ciega fe en mi tía, que al ver el asunto en sus manos no dudé un momento de que *Dios haría el resto*, y sin insistir en nada más, concertamos para el otro día nuestro viaje al *Majuelo de Yecla*, distante unas dos leguas de arenoso y pedregado camino. Debíamos salir á las ocho con un buen tiro de mulas, para estar allí antes de las diez y media y cogerles de sorpresa.

Acompañé á mi tía á sus habitaciones, y las dos sonaban en el reloj monumental de la casa, cuando entraba yo en las mías de vuelta. Los prudentes y cariñosos consejos de mi tía habían hecho en mí el efecto de un baño sedante, y tranquilo y sosegado entonces, sólo ansiaba, en el momento, acostarme y dormir unas breves horas que acabasen de templar mis nervios y me pro-

curasen la calma y serenidad necesarias para la jornada del día siguiente.

Quiso, sin embargo, el Cielo disponerlo de muy otra manera, y con el claro anteojo retrospectivo con que se miran las cosas después de pasados muchos años, veo ahora que Dios iba disponiendo por las misteriosas vías de su Providencia el trágico desenlace de aquella desdichada historia. *Dios escribe derecho con renglones torcidos*, solía decir una vieja sevillana que fué doncella de mi madre.

Y sucedió que tenía yo á la cabecera de mi cama un Crucifijo, de que hablé antes, colocado sobre una repisa al alcance de la mano. Era la imagen en sí una obra de arte, boceto sin duda de algún gran artista, y tenía yo en suma veneración porque ella había presidido las agonías de mi padre y de mi madre, y sus pies recibieron el último beso de ambos.

No recuerdo haberme acostado una sola noche sin sellar antes con mis labios aquel sagrado lugar en que por última vez besaron mis padres.

Pues sucedió aquella noche, que en el momento de acostarme cogí el Cristo para besarle como tenía por costumbre, y al se-

pararlo de la repisa cayó al suelo una carta...

El leve chasquido del papel, al chocar contra el suelo, produjo en mí el efecto de una descarga eléctrica, porque adiviné al punto que aquella carta era la que recibió Boy la noche antes, y colocó él mismo bajo la peana del Cristo mientras fumaba, olvidándola allí, sin duda, entre las prisas y disimulos de su fuga.

Hábame dicho Boy que aquella carta era de Cayetano Méndez, encargándole cigarros, y como luego me aseguró éste en *El Ferrolano* que no había escrito á Boy carta ninguna, comprendí que allí había misterio, y que la carta en cuestión, que tan providencialmente llegaba á mis manos, podría muy bien contener la clave del enigma.

Leíla, pues, sin titubear un momento, y el velo se rasgó ante mis ojos de repente, de un solo golpe, dejándome ver la situación de Boy clara, patente, horrorosa, sin más que una terrible solución indigna de un caballero...

La carta sólo contenía este renglón, escrito con elegante letra inglesa un poco disfrazada:—*Por fin se ha ido C. á París;*

te esperaré hasta las tres y media.—No tenía firma ni inicial alguna, y la esquina en que debía estar el monograma ó timbre, se hallaba rasgada...

¡Mi tía tenía razón!... Su sagacidad femenina le había hecho desentrañarlo todo cuando me dijo:—*¡Será muy posible que el mismo Boy no quiera ni aun que se hable de esto!...*





XVI

HUYÓ el sueño de mis párpados ante este nuevo descubrimiento, y encrespada otra vez mi imaginación, comenzó á navegar á velas desplegadas por aquel mar de dudas y vacilaciones, tan disparatada y sin tino, que pude muy bien gritarle como Lope de Vega á su barquilla:

«¿Adónde vas perdida?

¿Adónde, di, te engolfas?

¡Que no hay deseos cuerdos

Con esperanzas locas!...»

Parecíame ya imposible que Boy consintiese nunca en probar la coartada, aunque arriesgase en no hacerlo el honor y la vida, y preguntábame yo desesperado... Pero ¿no habría *alguien* que pudiera hacerlo á pe-

sar suyo y le sacase así, contra su voluntad, del horrendo compromiso?...

Podíalo yo, ciertamente, con sólo presentar aquella carta que la Providencia ponía en mis manos; pero repugnábame esta idea y la rechazaba como una vileza que jamás me perdonaría Boy.

Podíalo también aquella mujer por quien se perdía mi desdichado amigo; pero ¿acaso sabía ella la crítica situación en que por su culpa se hallaba éste?... Y en el caso de saberlo, ¿le amaría lo bastante para hacerle tan inmenso sacrificio?...

Aunque con algún recelo siempre, no lo dudé un momento; porque creía yo—y sigo creyendo—que la esencia y medida del amor es el sacrificio, y mi inexperiencia de entonces tenía esta gran verdad especulativa por una verdad práctica que nunca y en ningún caso marraba; por otra parte, ¡parecíame tan natural que amasen á Boy, y tan lógico y hasta satisfactorio que por él se sacrificasen!...

No necesitaba más mi desapoderada fantasía para fabricar sobre aquellas románticas hipótesis un hermoso castillo en el aire de sentimental arquitectura, y dando vueltas y revueltas en mi lecho, sin poder

pegar los ojos, forjé un nuevo plan, que llamé desde luego *supletorio*, y que había de llevar á cabo yo solo y en el mayor secreto, en el caso de fracasar el que mi tía combinó conmigo.

Y claro está que así era preciso que fuese, porque aquel secreto no me pertenecía, y ya que mi irreflexiva indiscreción y lo apurado de las circunstancias me habían hecho violarlo, no debía yo ponerlo en manos de nadie. Imitando, pues, los escrúpulos del Zapirón de la fábula, resolví por el pronto no decir una palabra á mi tía del nuevo descubrimiento ni del plan supletorio que sobre él había yo forjado.

Á las ocho en punto salimos mi tía y yo del palacio de Astures con dirección al *Majuelo de Yecla*; íbamos en un break ligerísimo, tirado por cuatro briosas mulas que, no bien salieron de las calles de la población, comenzaron á volar, más bien que á correr, por la polvorienta carretera.

Iba mi tía seria y callada, y atribuí al pronto su preocupación al pensamiento de la difícil y enojosa entrevista que nos aguardaba; mas cuando dejamos el camino real y entró el coche en los estrechos y arenosos callejones guarnecidos de valla-

dos de altas chumberas que cruzan aquellos viñedos, rompió al fin su silencio, y después de algunos comentarios sobre el tiempo, que era espléndido, salióme por un registro inesperado que nunca me pude imaginar, y que tampoco comprenderá el lector si no le doy antes previos antecedentes.

Tenían los Condes de Astures una hija única llamada Beatriz, que á la muerte de sus hermanos quedaba, naturalmente, por heredera de toda aquella ilustre y poderosa casa.

Era mi prima, así en lo físico como en lo moral, un verdadero ángel del cielo, fiel trasunto de su madre, y criado yo con ella como un hermano, profesábale el más puro y fraternal afecto.

Mas cuando al estallar la Revolución de Septiembre abandonaron mis tíos la Embajada de Viena, volvió Beatriz á España completamente transformada; venía flaca, pálida y ojerosa, y aunque siempre dulce, sumisa y serena, habíase trocado, de alegre y comunicativa, en seria y reservada; no tomaba jamás iniciativa alguna, iba donde la llevaban, y con frecuencia sorprendí en ella, aun en medio de brillantes fiestas, una

expresión de celestial tristeza, muy semejante á la que supo pintar Lebrun en los ángeles que presenciaron la agonía de Cristo. Hubiérase dicho que la resignación de una amarga pena ceñía su frente como una corona de espinas.

Esto era lo que había observado yo mismo, y á las repetidas preguntas que con cariñosa insistencia hice á mi tía sobre esta transformación, limitóse siempre á manifestarme su miedo de que alguna enfermedad oculta minase la salud y amenazase la vida de su última hija.

Júzguese, pues, de mi sorpresa cuando aquella mañana me dijo mi tía después de aquel largo silencio:

—Te dije anoche que te explicaría el por qué me opuse á que se enterase tu tío Pepe de esta desdichada historia de Boy, y mucho más á hacerle intervenir en ella... Vas á saberlo todo para tu gobierno; *pero sólo para tu gobierno* y sin que se te escape con nadie una sola palabra de ello.

Dijo esto la de Astures con un acento solemne y algo enfático que no le era peculiar, y con el tonillo precipitado y nervioso de quien vence al hablar una repugnancia muy grande, prosiguió diciendo:

—Ya te dije que cuando llegamos Beatriz y yo á Carlsbad desde Viena, encontramos allí á Boy; pero no te dije que estaban también el Conde y la Condesa de Bureva... Yo no conocía á éstos; pero ellos vinieron á verme en seguida, teniendo en cuenta, sin duda, mi posición oficial en Austria de Embajadora de España, y como sucede siempre entre compatriotas que se encuentran en país extranjero, intimamos bastante y nos veíamos mucho... Boy les acompañaba siempre, lo cual me pareció cosa muy natural, siendo compañeros; porque Bureva era entonces primer Secretario de nuestra Embajada en París, y Boy agregado militar á ella. La murmuración empezó, sin embargo, á hincar el diente, y el primero que me vino con el cuento fué Fonseca, que es muchacho listo, pero algo chismoso: díjomelo también la princesa Ziska, que los conocía mucho de París; pero como es una verdadera mala lengua, y yo no había observado, por mi parte, entre Boy y la Bureva nada que no fuese natural y correcto, no hice ningún caso... Además de esto, tenía yo otra razón muy especial para no creerlo; porque desde nuestra llegada á Carlsbad—y aquí viene

lo triste!—había empezado Boy á hacer una corte muy asidua á Beatriz sin recatarse de nadie, y ella, la inocente, parecía muy satisfecha y contenta... Nada de esto se me pasó por alto ni por un momento, y después de pensarlo y reflexionarlo mucho, resolví hacer la vista gorda por el pronto y dejar á Dios que dispusiese... Tenía yo á Boy por un caballero, y te confieso francamente que no me disgustaba para yerno... Así pasamos cerca de un mes, hasta que al cabo tiró el diablo de la manta y se descubrió el enredo... Teníamos nosotros nuestros cuartos en el piso principal del hotel, y justamente encima del mío caía el de Boy: los Burevas estaban en otro hotel, mucho más lejos... Una tarde, estaba yo sola en mi cuarto, haciendo labor ante la ventana abierta: alguien debió romper alguna carta en la ventana de arriba y tirar los pedazos al parque. Corría un viento bastante fuerte, y su empuje hizo entrar en mi habitación, revoloteando, algunos de aquellos papelitos: uno vino á caer sobre mi falda, y como no me cuidé de sacudirlo al pronto, ocupadas como tenía ambas manos con la labor, dióme tiempo para distinguir en aquel papel el nombre de Bea-

triz escrito en castellano... No podía ser esta Beatriz española otra que mi hija, y movida por la curiosidad natural, cogí el papelito y leí esta truncada frase: *La pantalla de Beatriz surte magnífico efecto...*

—Dióme un vuelco el corazón, y ya fuera de mí, apresuráme á recoger otros dos pedacitos que habían entrado en el cuarto, y combinándolos entre sí, como un rompecabezas, y supliendo algunas palabras, pude al fin reconstruir esta impudente frase: *La pantalla de Beatriz surte magnífico efecto: Carlos se tragó la partida, y como te quiere tanto, está encantado de que hagas boda tan brillante.*

—Fué tal mi indignación, que salté como una pantera á mi mesa de escribir y puse en el acto una tarjeta á la Bureva diciéndole no sé qué, preguntándole no sé qué cosa; algo, en fin, que la obligase á contestarme por escrito y pudiera yo así cotejar su letra con la de aquella infamia... ¡Y me salió tan bien la estratagema, que antes de media hora tenía allí la respuesta de la Bureva en una cartita que me permitió cotejar ambas letras, y no sólo eran iguales, sino que iguales eran también el papel gris azulado en que las dos cartas estaban es-

critas!... ¡Qué vergüenza, Dios poderoso!... ¡Qué ignominia!... ¡Sólo de recordarlo se me enciende la sangre!... ¡Una Astures, un ángel del cielo como Beatriz, sirviendo de pantalla á los líos y trapisondas de una Bureva!...

Escuchaba yo todo aquello con la boca abierta, y viendo á mi tía tan exaltada, parecióme preciso decir algo para calmarla, y sucedió lo de siempre: dije una tontería.

—Ciertamente que Boy cometió en esto una ligereza...

—¿Una ligereza?...—gritó la de Astures.— ¡Podías decir un crimen!... ¡Porque crimen es asesinar á traición á una inocente, y Boy me ha matado á mi hija!... ¡Sí, me la ha matado!... ¡Beatriz está muerta; muerta por dentro!...

—Pero ¿llegó á interesarse tanto?...

—Á interesarse, no. Á enamorarse perdidamente, ¡sí!

—¿Está usted segura?—exclamé yo angustiada.—¿Lo ha confesado ella?...

—Las mujeres como Beatriz jamás hablan de esas cosas, que hasta cierto punto empañan su pudor, porque revelan siempre una debilidad en el alma... Les revienta el corazón en el pecho, si es preciso; pero por

dignidad, por decoro..., ¡qué sé yo!..., hasta por amor propio, no dejan escapar nunca una sola palabra...

—Pero verás lo que sucedió luego... Cuando me cercioré bien de la infamia, tomé al punto mi resolución sin cuidarme del qué dirán de nadie, y sin darles explicaciones de ningún género, cerré mi puerta á Boy y á los Bureva: no volví á recibirlos nunca, y me volví á Viena con Beatriz, todo lo más pronto que pude, sin alarmar á tu tío Pepe, á quien no enteré de esto sino mucho más tarde... Supe después que Boy había prometido á Beatriz visitarnos en Viena á su vuelta de Carlsbad... No sé si lo diría de veras ó si al observar mi actitud desistió de ello; pero es lo cierto que no vino, ni volvimos á saber nada directamente... En los primeros días hablaba mucho de él la pobre niña y preguntaba incesantemente; pero cuando leyó en los periódicos que el Conde de Baza y los de Bureva habían regresado á París, no volvió á nombrarle nunca, y á poco empezó á iniciarse en ella esa tristeza mortal que desde entonces la aqueja... Sospechando al fin que el mal tenía más raíces de las que yo había supuesto, me decidí á extirparlo de

un golpe... Fuí una mañana temprano á su cuarto, y, nunca me olvidaré de esta escena!... Estaba todavía acostada; me senté en su misma cama, y con mil cariños y halagos procuré sacarle los motivos de su tristeza. Á todo me contestaba con su dulce sonrisa:

—Pero mamá, si es aprensión tuya... Si yo no estoy triste.

Entonces, jugando el todo por el todo, le pregunté á boca de jarro:

—Pero vamos á ver..., dime la verdad... ¿Tú quieres á Boy?...

Alzó ella hacia mí aquellos ojazos azules rebosando inocencia y pureza; púsose muy encarnada y me dijo con una especie de candoroso asombro:

—Pues ¿no le había de querer, mamá?... ¿Es eso malo acaso?...

—No es malo, hija mía, pero pudiera ser tonto... ¿Te ha dicho él algo?...

—Me decía muchas cosas...

—Pero ¿qué cosas?...

Púsose aún más encarnada, luego muy pálida, y me contestó al fin:

—Que era muy bonita...

—¿Y qué más?...

—Que era un ángel del cielo...

—¿Y qué más?

—Que si podría yo quererle tanto como él me quería á mí...

—Y á eso, ¿qué le contestaste tú?

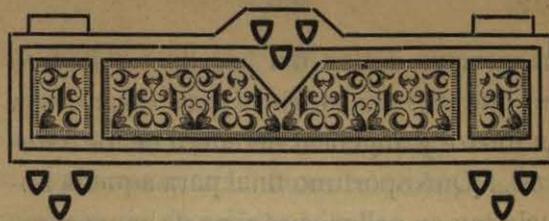
—Pues ¿qué había de contestarle?... La verdad... Que mucho más todavía...

—No tuve valor para envenenar tanta ingenuidad, tanta pureza, tanta inocencia, y desistí de mi intento confiando en que el tiempo y la ausencia se encargarían de borrar esta impresión tan candorosa... Pero no la han borrado, Paco; no la han borrado; y llevamos ya de esto cerca de dos años y medio!... Ella no le nombra jamás, ni pregunta por él nunca; pero diríase que adivina cuanto le sucede á ese hombre...

Conmovido ante el enfrenado dolor de la pobre madre, díjele sinceramente:

—No hay que desconfiar, tía... En más ó menos tiempo todo pasa y se borra en el corazón de las muchachas...

—No pasa, hijo; ¡no pasa después de tanto tiempo!... Porque cuando el amor vive sin savia que lo vivifique, ni esperanzas que lo mantengan, ¡es inmortal como el alma y corrosivo y sin cura como un cáncer en el pecho!...



XVII

IMPRESIONÓME tan hondamente el sencillo relato de la de Astures, que por primera vez en mi vida sentí un movimiento de indignación contra Boy.

No se puede impunemente jugar con un corazón candoroso y sencillo, y esta peligrosa veleidad, tan común en los jóvenes, que yo llamaba *ligereza* y mi tía calificaba de *crimen*, teniendo mucho de ambas cosas, indignóme seriamente al ver víctima de ella á mi inocente primita.

Mas era tal la fuerza de mi cariño hacia mi atolondrado amigo, que sin dejar de compadecer á Beatriz ni de indignarme contra Boy, pensé lo primero en utilizar en favor de éste los mismos frutos que su mal comportamiento había producido.

¡Qué desenlace tan impensado y feliz si